

La casa de los libros

La puerta de aquella vivienda estaba abierta. Desde la calle, en la habitación que se abría frente a la entrada, pude divisar estanterías llenas de libros, que se sucedían en hileras a lo largo de toda la pared. Una luz mortecina penetraba desde el lado izquierdo y apenas osaba iluminar vagamente los títulos de los lomos. Permanecí allí clavada durante unos segundos. Después, la puerta se cerró desde el interior y yo continué mi camino. Aún me quedaban unos cuantos recados por hacer.

Al día siguiente volví a pasar por aquel lugar. De nuevo, la puerta estaba abierta. Era una puerta de madera de dos hojas; una inferior, que se encontraba cerrada, y otra superior, abierta de par en par. Miré los tomos del fondo. Estaban colocados de forma pulcra y ordenada. En mis doce años de vida jamás había visto tantos libros juntos. Aquella imagen me fascinó. Me pregunté si el dueño los habría leído todos. En mi casa había justamente seis libros, que yo ya había leído varias veces. De nuevo, la puerta se cerró y yo continué con las tareas que se me habían encomendado: llevar la colada limpia y planchada a casa del boticario, acercarme después a por leche y huevos a la granja que había a las afueras del pueblo, y hacer un par de recados más antes de la hora de la

comida.

El tercer día que pasé por el lugar lo hice a una hora más temprana. El reloj de la torre marcaba las ocho de la mañana. La puerta estaba cerrada. Esperé, alejada unos metros, junto a la pared de enfrente. Media hora más tarde se abrió el portón superior. Como no divisé a nadie, me acerqué y llamé. No obtuve contestación. Me aupé y, de un salto, entré dentro. Me encaminé a la sala de los libros. Los había de todos los tamaños y formatos. De una de las esquinas saqué un pequeño libro. La tapa era dura, de color marrón. Las letras del lomo estaban grabadas en dorado. Sus hojas eran delgadas y tenía la letra pequeña. En la primera página, en blanco y negro, aparecía dibujado el autor y su firma. “*Artículos completos*”, Mariano José de Larra. Lo volví a colocar en su sitio. Oí un ruido, y me asusté. Me dirigí a la puerta, me encaramé a ella y salí. Mi corazón latía a gran velocidad mientras pensaba que no estaba bien lo que acababa de hacer.

Pocos días después volví a pasar junto a la casa de los libros. No dejaba de pensar en ellos y en todas las historias que habría dentro. Me dejé llevar. Salté el portón, entré en la sala, cogí el último libro de la esquina inferior derecha y, sin mirar atrás, salí de la casa. Tres días después devolví el libro a su lugar. Lo había devorado con ansia.

Era “*Las mil y una noches*”, en edición juvenil. Cogí el libro de al lado y me marché como había llegado. Aquel verano leí al pie de una veintena de libros, sisando ratos a mi tiempo de tareas.

Un día encontré la puerta de la casa cerrada. Esperé y esperé, pero nadie la abrió. Me marché desconcertada. Durante los meses siguientes la casa permaneció cerrada a cal y canto. Hasta que un día de abril, al pasar junto a ella, vi que estaban haciendo obras en la vivienda. Me pregunté qué

habría pasado con los libros y dónde los habrían llevado. El último que cogí prestado aún no había podido devolverlo.

Medio año después se abrió una biblioteca en el pueblo. Las obras en aquella casa habían sido para convertirla en Biblioteca Municipal. Cuando traspasé la puerta, esta vez sin saltar por encima de ella, vi los mismos volúmenes que me habían fascinado hacía ya más de un año. Junto a ellos había otros, todos nuevos para mí. Una mujer los estaba colocando con mimo en las estanterías. Me dirigí hacia ella y dije:

—Vengo a cambiar un libro.